

¿Se ha podido gobernar con 84 diputados?



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

¿Porqué no se aprobaron los Presupuestos presentados por el gobierno de Pedro Sánchez?

Los debates políticos a veces no solo se distancian del pulso de la calle, sino que se deslizan hacia un tipo de argumentaciones –incluso estribillos– que por mucho que se repitan no llegan a ser entendidos ni asumidos por los ciudadanos del común.

Uno de los estribillos que se propaló con más ardor –sobre todo al filo del intento de investidura de Pedro Sánchez en 2015– fue que su eventual llegada a la Moncloa supondría un gran peligro. Si alguien se dedicase a contabilizar todos los desastres que se auguraban para España si se producía tal evento, llegará a la conclusión de que las famosas siete plagas de Egipto eran poca cosa.

Pero el temido evento se produjo y ni la economía española se hundió, ni la prima de riesgo se disparó, ni los empresarios tuvieron que salir corriendo, ni las hordas rojas se apoderaron de las instituciones del Estado, ni la Monarquía fue derrocada, ni la unidad de España se ha visto fragmentada en mil pedazos. Ni nada de nada.

Sin embargo, los profetas del apocalipsis no solo no han pedido disculpas, sino que se han lanzado al terreno de los peores insultos personales.

Exageraciones, insultos y distorsiones analíticas

Como casi siempre ha ocurrido en la historia, las exageraciones y los insultos han sido los principales recursos utilizados para desviar la atención de los asuntos principales, al servicio de intereses subyacentes.

Esto es lo que ha ocurrido con el famoso recurso-argumentación de si se podía gobernar un país como España con solo 84 u 85 diputados propios.

Este dilema se podría responder de entrada con una evidencia palpable. De hecho, se ha gobernando durante más de ocho meses en tales condiciones.

Pero, en el fondo eso no es lo que se quería cuestionar con tal interrogante, sino lo que se ha estado suscitando, en realidad, ha sido una cuestión de

legitimidades y de proyectos. Algo que se visibilizó de manera muy clara en el debate interno del PSOE sobre las elecciones primarias. Debate con el que se intentó acabar expeditivamente con Pedro Sánchez y todo lo que él representaba. Y lo que representa con el respaldo de una elección muy mayoritaria de los propios afiliados del PSOE. Una decisión que no solo traducía “simpatías” personales, sino también convicciones de fondo sobre el papel, y el rumbo, que debía tener el PSOE en la España actual y ante problemas acuciantes.

El ejemplo sueco

La realidad es que no se trata solo de una cuestión aritmética. ¿Cuál es el mínimo de diputados que se necesita en nuestro tiempo histórico para gobernar un país complejo y fragmentado electoralmente? ¿100? ¿130? En otros países que se encuentran en situaciones similares a las de España tal asunto no se plantea como un problema numérico. De hecho, en Suecia se ha formado un gobierno liderado por un partido socialdemócrata –hermano del PSOE– que ha obtenido en las últimas elecciones pocos más diputados que el PSOE en 2016 (100) y posiblemente una cifra inferior a la que puede obtener el PSOE en las elecciones de abril.

Lo importante es que el gobierno sueco se ha formado con una doble intención: por un lado, aislar a la extrema derecha, que podía haber posibilitado una gran coalición de todas las fuerzas de la derecha; y, por otro lado, permitir la continuidad de un gobierno progresista que sintoniza mejor con la voluntad, y el sentir, de la mayoría de los suecos de sostener el Estado de Bienestar y unos modos de vida de raigambre progresista.

Opciones progresistas y argumentos entreguistas

¿Qué paralelismos y diferencias existen entre el caso de España y el de Suecia?

Eso es lo que tendrían que aclarar los que, tanto desde la derecha como desde las orillas de un progresismo real o aparente, intentan cuestionar una vía política que, les guste o no les guste, ha dado resultados positivos. Ahí están un conjunto de medidas legislativas, económicas y sociales que empezaron a revertir los efectos de las regresiones sociales y restrictivas del gobierno de Mariano Rajoy. Al que en su propio partido algunos reputan como proclive al centrismo. Algo que nos pone sobre aviso de lo que nos esperará si se forman determinadas mayorías o si se tomaran en consideración los argumentos “entreguistas” de los que alientan –por activa o por pasiva– que el PSOE abandone toda pretensión de continuar gobernando con “solo” –se recalca– una mayoría insuficiente de diputados.

¿Se dirá lo mismo después de las elecciones del 28 de abril si el PSOE no obtiene mayoría absoluta de diputados? En cualquier caso, no estamos ante una situación fácil. Ni mucho menos. Evidentemente sería mucho mejor que partidos como el PSOE dispusieran de una base cumplida de respaldo parlamentario que facilitara una gobernación en el sentido que ahora se necesita, de acuerdo a los parámetros del progresismo democrático.

Sin embargo, el análisis riguroso de las nuevas tendencias y realidades sociológicas y políticas evidencia que estamos ante sociedades crecientemente fracturadas en las que existen diversos elementos encontrados que no hacen fácil conformar mayorías absolutas, como ocurría en las sociedades industriales clásicas hasta hace muy poco tiempo.

Por lo tanto, hay que hacerse a la idea de que la era de los grandes partidos hegemónicos y las grandes mayorías electorales han pasado a la historia, y que, en las actuales coordenadas legales-constitucionales, cada vez va a ser más difícil formar gobiernos de mayoría parlamentaria absoluta. Lo cual no significa que no exista una mayoría social suficiente, que apoye unos presupuestos progresistas y necesarios como los que se ha hecho fracasar recientemente.

¿Rendirse a la derecha populista?

El problema político de fondo que subyace a este debate, es si el PSOE debe plegarse o resignarse a que gobierne España el PP y sus socios con apoyos que, como estamos viendo, cada vez están más sesgados al extremismo, en una perspectiva netamente antisocial y regresiva. Como sucedió con el gobierno de Mariano Rajoy y se hizo palpable en las elecciones andaluzas.

Ante esa coyuntura, tal tipo de gobierno de la derecha estaría abocado a gobernar en contra de las opiniones mayoritarias reflejadas en las urnas en toda su diversidad. Es decir, en contra de la voluntad popular libremente expresada y representada legítimamente en el Parlamento español.

Esa es la realidad desnuda de los hechos en estos momentos, como se vio claramente con la moción de censura presentada por Pedro Sánchez en junio de 2018. Es decir, la mayoría del Parlamento español salido de las urnas en 2016 estaba en contra de lo que representaba Mariano Rajoy y su continuidad, y por eso, con total legitimidad, votó a favor de un gobierno que previniera a España de seguir por la senda de la deslegitimidad política (dialéctica mayorías/minorías) y de los riesgos de tensionamiento y conflicto a los que conducía gobernar en contra del parecer mayoritario y su legítima representación parlamentaria.

Lo importante es que el futuro Gobierno de España respalde unos presupuestos que sintonicen con lo que piensa y necesita una mayoría de la sociedad española.

No nos engañemos, todo lo demás son parparuchadas, ya que tan difícil puede ser gobernar con 84 diputados propios, como hacerlo con más, si la mayoría de los diputados no respalda las decisiones que toma ese gobierno. Y en el caso del primer Gobierno de Pedro Sánchez nadie puede negar que bastantes medidas sociales y económicas positivas –aunque no todas– se han sacado adelante con el respaldo de la mayoría de diputados, habiéndose aprobado 13 leyes de interés general y convalidado 24 decretos-ley de 25 presentados. Y si esto ha sido así, por algo será.

En el PSOE el debate sobre si hay que dejar gobernar a la derecha o si hay que explorar otras posibilidades políticas se zanjó con las elecciones primarias y con el consiguiente 39 Congreso, en el que quedaron muy en minoría las tesis de los que pretendían facilitar el gobierno del PP. Y no el gobierno de cualquier tipo de PP, sino del actual PP intransigente, insultón populista y agresivo, que cada vez infunde más temores. No solo por sus aliados, sino también en sí mismo. **TEMAS**